



AJE a la estación del tren subterráneo con la prudencia callada de siempre, como quien baja del malecón por las escaleras planas y difíciles que llevan a los botes de la baja marea. Los escalones del "metro" merecen ese recelo, porqué son escalones de muerte, escalones de arista tajante y regatoneada, capaces de quebrar el hueso más fuerte. Corté la confianza de los empleados de la garita y penetré en el andén blando de esponjas de humedad, reconcentrado de huidas, todos como conejos en la madriguera, huidos de cazadores y transientes.

Pronto el tren luminoso nos recogió a todos y entonces, en la lechocidad del compartimento bañero, me fijé en un señor extraño, que movía la cabeza con cierta epilepsia en giro rápido, mirando después a los viajeros como si esperase que nadie hubiese notado su brusco giroscopar.

Todos los que iban en pie, en aquel vagón del "metro", presenciaban con disimulo el restallante cabeceo en que se le escapaban varios "stes" y varios "noes" a la cabeza inconexa.

La sacudida eléctrica de aquella indignación súbita retransmitía un poco a todos y todos hacíamos un esfuerzo interior para contener nuestras cabezas ante aquel reflejo insostenible.

El hombre de la cabeza revolverante se preparó a descender en la estación en que yo descendía, y en sus gestos violentos de revirar hacia atrás la cabeza parecía ir a reclamarme explicaciones por haberle mirado de reojo durante todo el trayecto.

La ansiedad de verme en el aire sin enrarecimiento de la calle, me hizo subir más de prisa la escalera de los escalones ingratos.

El hombre de la cabeza epiléptica se había ido por la otra puerta del "metro", que sin que ninguna ley física ni plano que lo pudiese explicar, salía muy lejos de la salida a la que yo estaba próximo a aflorar.

Anduve los pocos pasos que hay del "metro" a mi torreón, subí, abrí mi correspondencia, arranqué las fajas a los periódicos que no había de leer—sólo para liberarlos—y tuve que recurrir a las tijeras para desembalar un paquete, escalofriándome con esa cosa de reptil frío que tienen las tijeras abandonadas.

El hombre de la sacudida nerviosa se fundió en mi recuerdo. Le venció el problema de una carta que no podía imaginarme de dónde venía.

Escribí, comprobé una vez más lo poco que se adelanta en dos horas de trabajo, y de nuevo volví a salir, bajando otra vez al "metro".

El "metro" me recibió en su duermevela inacabable, envolviéndome en un calor encharcado, como si hubiese entrado en la tibia cama de debajo de la tierra.

El andén estaba tan vacío como cuando acaba de parar un tren, y sólo había sentado, en uno de los bancos de la paciencia impaciente, un caballero alto y flaco, que, job, casualidad!, movía la cabeza con la misma epilepsia que el otro.

Me chocó tanto aquello que me dispuse a observar a aquel hombre y a seguirle en el rumbo que pudiera tomar. A las dos horas de haberme dejado al señor gordo y epiléptico, me encontraba con un señor flaco y con el mismo gesto de buscarse una brizna de polvo en el hombro o de asomarse al revés del cuello para ver si le asomaba la muletilla por detrás.

El nerviosismo del señor flaco era más agudo, porque se le veía con ansiedad de llegar a algún sitio en que acuciarse en animación. Tenía la facha envarada del hombre que ha estado plegado sobre un pupitre todo el día, con sólo el interregno de morder la doble tarjeta de

un "sandwich" y por fin sale a gozar unas horas de libertad nocturna, dejando al cansancio detrás de cualquier puerta.

En la gran Plaza bajó al andén y yo tras él, viendo cómo su cabeza parecía buscar gente que le estuviesen esperando, movida en círculos de impaciencia rápida, como si un ventrílocuo violento le tocara por detrás el resorte de su cabeza.

En seguida viró hacia la calle con revueltas de blombo y penetró en un café de camareras.

Yo abrí la misma puerta tras él y me senté en el diván de enfrente. Escanciadoras diferentes recogieron como una flor o dicharachito la petición de nuestras bebidas, y en cómo lo escuchó la suya noté que les una antigua confianza.

Como azucarillo de conversación, la Flora—el nombre siempre por delante—se sentó a mi mesa.

—¿Qué raro aquel caballero—dije yo señalando al que perseguía—, le pone a uno nervioso como si hubiese moscas malas en el salón!

—Es un gachil al que sólo pueda resistir "la bizquera", porque para ella siempre tiene la cabeza en el mismo sitio...

Sonré a aquella broma tan sutil, en que la Flora con tanto acierto complementaba el acto de mirar un sitio distinto de la bizca y el acto de tener la cabeza en un altercado de posturas del epiléptico.

—¿Viene mucho por aquí?—insistí.

—Todas las noches una hora, y hay días que pide Agustín Blázquez y pasa con "la bizquera" al salón-cillo...

Sonré con picardía a aquel vino de Agustín Blázquez, que es la tercera de los comedores confidentes, como si el tal Agustín Blázquez fuese el sátiro patrón de todos los comedorellos.

—¿De qué te ríes?—me preguntó al cabo de un rato la Flora.

—De ese Agustín Blázquez que admiráis tanto y que es la lave y el factótum de todas vuestras aventuras.

El hombre de la cabeza virante se clavaba la barbilla en el hombro como pronunciándose en una R garrafal.

Su alma, con un resabio tremendo, no le permitía una

Los alternantes

Por

Ramón Gómez de la Serna

Ilustraciones de Luis Macaya

(Para LA NACION) MADRID, abril de 1929

atención de frente, sino que le desviaba de la atención que debía a la buena moza con fuertes brazos de retorcedora de deseos.

Nunca se siente uno ir tan atrás, caer en abismos tales como en esos divanes de los cafés servidos por mujeres, que son verdaderas enfermeras del desorientado.

El hombre del gesto frascible consumió su ejercicio de gestos y saltó a la calle, con verdadera prisa, como si fuese a llegar tarde a un deber de reciprocidad.

Otra vez nos internamos en el "metro" y de nuevo salimos por el canal subterráneo hacia estación de carambola, pues en esos trenes del subsuelo se es jugado por el destino en una especie de billar romano.

En la estación de término que él escogió, se me planteó el más duro dilema de aquella pesquisa: "¿Le debía seguir por las calles altas o debía continuar allí esperando a que apareciese "el otro?"

Opté por esperar "al otro", pues cada vez era más viva en mí la sospecha indecible.

Me senté en un banco y esperé dejando pasar trenes y trenes, como si debiese llegar en un "descendente" la mujer con la que nos etíamos en esos infiernos.

El director del andén comunicaba y parecía recibir por teléfono noticias de descarrilamientos espantosos y de interceptaciones de la línea por los suicidas del día.

Yo ya desconfiaba de que apareciese en el andén el hombre entre perseguido y desconfiado, del gesto denegador y arbitrario, cuando apareció el mismo, es decir, "el otro", el gordo, como huído que mira mucho hacia detrás por si aun le persiguen.

Aparecido por el andén de enfrente, me hizo correr por las escaleras para alcanzarle al otro lado, en la contrarilla del mismo abismo.

El epiléptico clavaba en el aire puñaladas de barbilla mucho más nerviosas que las de antes, y se le veía ir a libertarse de costumbres pesadas y burguesas.

La estación escogida para ese descenso por el epiléptico gordo fué de las últimas de la línea. Saldríamos a una noche de suburbio, con muchas estrellas y sin ninguna luna, pues la luna de los suburbios ha sido asesinada siempre por un chulo de lunas.

El epiléptico gordo parecía verme en instantáneas del voltigeo de su cabeza, verme y no verme, dándome papeado de figura de detective persiguiendo en el cinegrama al hombre al que renuerde la conciencia.



En las calles sombrías por las que nos dirigimos se alivió la obligada movilidad del molinillo de su cabeza. La obscuridad parecía permitir vacación y descanso a aquel castigo de los dioses que quizá sólo ordenaba que no pudiese cejar en exhibirlo mientras anduviese entre los hombres.

Sólo al pasar junto a los faroles, el ratinago de la una alacraneca de su cabeza se recrudecía con sañudez.

¿Dónde íbamos? Con media vuelta epiléptica contestó él a mi incertidumbre. Había abierto la puerta de un infimo café cantante, y yo me quedé fuera un largo rato, porque no quería llamar la atención allí donde hubiera chocado demasiado aquella predecepción.

Con miedo de que se diese cuenta de mi vigilancia "el que me había visto cuatro veces distintas" durante aquella jornada, penetré en aquel local, que tenía un aire de freiduría de pobrezas.

La brutalidad de los carreteros que habla en el salón me ocultó a las miradas de todos. Sólo las mujeres se dieron cuenta de que yo era el hombre que había entrado por casualidad, y quisieron levantarse todas al mismo tiempo y sentarse en mi rincón. Yo hice un gesto sobrio y comunicativo, señalando con un dedo el número 1 como diciendo que sólo quería "una sola", mientras señalaba con el mismo uno tumbado a la que estaba más cerca y más despegada de todas.

Ella se acercó a mí con tal aire de ofrenda alegre y orgullosa, que quedé señalado para todos, y el hombre epiléptico paró su cabeza rápidamente y me contempló a su sabor. Yo, que había querido evitar aquella fijez, comprendí que una sola mujer me había señalado como quizá no me hubieran señalado todas.

El reñegador de las cabezadas que eran bofetones de abofeteado que los devuelve al aire y a la providencia, no dejó de mirarme ni un momento, dedicándome sus "noes" de amenaza.

Con la mujer que se me había acercado hablé de cosas indiferentes, sin atreverme a preguntar por aquel duplicado de otro hombre, ya que ella hubiera vuelto la cabeza hacia él y entonces habría provocado la disputa a que el otro se aprestaba por haberse dado cuenta de que yo sabía su duplicidad.

Behi pronto mi brebaje, pagué en reguinda y salí del café, dispuesto a no volver a ser investigador de misterios nuevos.

Era indudable que había visto a dos hombres que obedecían al relevo de una sola alma, a dos tipos alternantes y coincidentes, ¿pero a mí quién me metía a comprobar la angustiosa verdad?

Lo único que no podría perdonar es que se les descubriese y hasta la providencia castigara esa intrusión. Hay chanchullos de la naturaleza que no son para comprobados, que se disimulan lo bastante para tener que pasar desapercibidos.

Yo había descubierto gracias a la casualidad y al flautar estrepitoso de un alma epilepsiada, un intercambio de espíritu, una reanimación de dos tipos vecinos en el mismo barrio, gracias tan sólo a una sola alma.

¿No está permitido ser el detective de Dios y comprobar cómo se realizan en la intralidada designios que son protegidos por su suprema discreción!

Quizá dos hombres en pena, mutilados por una sola alma, morirán el mismo día, dejando de dar latigazos de desespéro sus pobres cabezas, y nadie sospechará que los dos obedecieron a la misma muerte; y el pestillo del que murió dormido en la modesta alcoba de un hospedaje, fué echado por el alma que salió y no por el ser que se quedó dentro, evitando así el alma preocupada que nada dejara inerte y desahogado su otro cuerpo, mientras ella corría aquella última noche la aventura de morir que dejó sin rehabilitador al cuerpo de non, mientras sólo daba gesto de muerte al cuerpo que había sacado pesto.

